

PREGUNTAS A LA DESIGUALDAD **ENSAYOS SOBRE ANÁLISIS DE** **CLASE, SOCIALISMO Y MARXISMO**

ERIK OLIN WRIGHT

*María José Álvarez Rivadulla
César Rodríguez Garavito
prólogo a la versión en español*



COLECCIÓN TEXTOS
DE CIENCIAS HUMANAS



UR

PREGUNTAS A LA DESIGUALDAD

Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo

ERIK OLIN WRIGHT



COLECCIÓN TEXTOS DE CIENCIAS HUMANAS

© 2010 Editorial Universidad del Rosario
© 2010 Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,
Facultad de Ciencias Humanas
© 2010 Erik Olin Wright
© 2010 María José Álvarez Rivadulla y César Rodríguez Garavito
por el Prólogo a la versión en español

ISBN: 978-958-738-054-5

Primera edición en inglés: *Interrogating Inequality,
Essays on Class Analysis, Socialism and Marxism* Verso, London, 1994

Primera edición en español: Bogotá D.C., febrero de 2010
Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario
Traducción: Santiago Restrepo
Revisión de la traducción: María José Álvarez Rivadulla
Diseño de cubierta: Lucelly Anaconas
Diagramación: Ángel David Reyes Durán
Impresión:
Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 N° 13-41, oficina 501 • Teléfono 297 02 00, ext. 7724 • Bogotá D.C.
Correo electrónico: editorial@urosario.edu.co

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida
sin el permiso previo por escrito de la
Editorial Universidad del Rosario

WRIGHT, Erik Olin
Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo / Erik Olin Wright.
Facultad de Ciencias Humanas.
– Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2010.
348 p.: ilustraciones, cuadros.

ISBN: 958-958-738-054-5

ECONOMÍA DEL BIENESTAR / MARXISMO / SOCIALISMO / I. Título

335.4 W947p 20

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Contenido

Prefacio	11
Prólogo. Caer en el marxismo; quedarse en él.....	17
Prólogo a la versión en español	37
por MARÍA JOSÉ ÁLVAREZ RIVADULLA y CÉSAR RODRÍGUEZ GARAVITO	

PARTE I Análisis de clase

Introducción	44
Capítulo 1. Desigualdad.....	46
Capítulo 2. El análisis de clase de la pobreza.....	59
Capítulo 3. El estatus de lo político en el concepto de estructura de clase .	89
Capítulo 4. Coerción y consentimiento en el intercambio cuestionado (<i>con Michael Burawoy</i>).....	115
Capítulo 5. Clase y política	136

PARTE II Socialismo

Introducción	162
--------------------	-----

Capítulo 6. Los futuros del capitalismo: una reconceptualización del problema de los modos de producción pos-capitalistas.....	165
---	-----

Capítulo 7. ¿Por qué es necesario algo como el socialismo para la transición hacia algo como el comunismo?	219
---	-----

PARTE III

Marxismo

Introducción	240
--------------------	-----

Capítulo 8. ¿Qué es el marxismo analítico?.....	243
---	-----

Capítulo 9. El marxismo como ciencia social.....	268
--	-----

Capítulo 10. Explicación y emancipación en el marxismo y el feminismo	283
--	-----

Capítulo 11. El marxismo después del comunismo.....	311
---	-----

Referencias	338
-------------------	-----

A mi madre y mentora, Beatrice A. Wright

Prefacio

Cuando discutí con varios amigos y familiares el título que tenía pensado para este libro, *Preguntas a la desigualdad* (*Interrogating Inequality*), algunos me dijeron que era un título ridículo que no significaba nada. Argumentaron que *Preguntas a la desigualdad* no tenía más sentido que *Darle la mano a la contradicción* o *Hablándole a los triángulos*. Me sugirieron varias alternativas: *Investigación sobre la desigualdad*; *Estudio de la desigualdad*; *Examen de la desigualdad*. Pero ninguno de estos títulos estaba del todo bien. Todos ellos sugerían que la desigualdad era el tema primordial del libro —que el libro era un estudio empírico de la desigualdad o que exploraba varios problemas teóricos y filosóficos de varios tipos de desigualdad. En realidad el libro no aborda estos temas.

El título *Preguntas a la desigualdad* tiene el propósito de evocar una imagen diferente. La desigualdad es como un testigo en una investigación criminal, quizás incluso el testigo principal. Se le hacen preguntas para llegar a alguna verdad subyacente sobre el crimen, sobre una injusticia que se ha cometido. Nuestra preocupación no se centra simplemente en el testigo, sino en lo que podemos aprender sobre temas mucho más amplios al investigar al testigo. Entonces, este libro trata sobre esas preguntas, sobre los conceptos que necesitamos para ello y también sobre la misma desigualdad. El libro trata sobre el análisis de clase como una forma de hacer preguntas sobre la desigualdad, sobre el socialismo como una forma de desafiar la desigualdad y sobre el marxismo como un marco amplio para relacionar las preocupaciones morales acerca de la desigualdad con las tareas teóricas de explicación y las tareas políticas de transformación. Quizás hubiera sido mejor haber usado como título la frase más directa que sirve de subtítulo, *Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*, pero me parecía muy aburrido. Así que, a riesgo de sonar algo posmoderno, me decidí por el título *Preguntas a la desigualdad*.

Los doce ensayos que se reúnen en este volumen fueron escritos entre 1979 y 1993. Escribí cuatro de ellos en respuesta a solicitudes específicas. Escribí el texto “Desigualdad” (capítulo 1) para *The New Palgrave* editado por John Eatwell (Londres 1987) y lo hice en parte con el propósito de explicarle a los economistas la diferencia entre el enfoque marxista de la desigualdad y los demás. Escribí “Clase y política” (capítulo 5) para el *Oxford Companion on Politics* (Oxford 1993) y tenía un propósito similar al anterior pero en este caso para los politólogos. El texto “Marxismo como ciencia social” (capítulo 9) lo escribí ante una solicitud que se me hizo para que respondiera a una serie de críticas que varios autores le habían hecho a un intercambio entre Michael Buroway y yo, previamente publicado en el *Berkeley Journal of Sociology*. El conjunto de críticas y mi respuesta se publicaron posteriormente en forma de simposio en el *BJS* de 1989. El prólogo, “Caer en el marxismo; quedarse en él”, lo escribí para una conferencia que celebraba el centésimo aniversario de la fundación del departamento de sociología de la Universidad de Kansas. La universidad invitó a varios sociólogos relacionados con ella para que dieran charlas sobre sus carreras. Mi conexión con dicha universidad se debe a que crecí en Lawrence, Kansas, y a que mis padres fueron profesores (pero de psicología, no sociología) de esa institución. Ese ensayo es un intento por comprender la trayectoria de las decisiones que he tomado y que han generado el tipo de conocimiento marxista académico que trato de producir. Luego, en 1991, este ensayo apareció en una revista publicada por el departamento de sociología de la Universidad de Kansas, *The Midwest Review of Sociology*.

Escribí varios de los ensayos de este libro como resultado de la interacción con trabajos de mis colegas del Encuentro Anual de Marxismo Analítico en Londres (describo este grupo en el prólogo). “El estatus de lo político en el concepto de estructura de clases” (capítulo 3) fue mi primer encuentro con el trabajo de John Roemer. Posteriormente, el texto se publicó en una edición especial de la revista *Politics and Society*, vol. 11, no. 2, 1982, dedicada al trabajo de Roemer sobre clase y explotación. El texto “¿Por qué algo como el socialismo es necesario para la transición hacia algo como el comunismo?” (capítulo 7) surgió de las discusiones en torno a un artículo, “A Capitalist Road to Communism”, presentado por Robert Van der Veen y Philippe Van Parijs durante el Encuentro de Marxismo Analítico de 1986. Después

ese artículo apareció en una edición de la revista *Theory & Society*, vol. 15, 1987, junto con el artículo de Van der Veen y Van Parijs y otros comentarios adicionales. Finalmente, “Coerción y consentimiento en el intercambio cuestionado” (capítulo 4, escrito con Michael Burawoy) es una respuesta al artículo “Intercambio cuestionado”, de Sam Bowles y Herb Gintis, que se discutió en el encuentro de 1989. Ambos artículos se publicaron en la edición de junio de 1990 de la revista *Politics & Society*.

Los demás capítulos de este libro fueron concebidos originalmente como charlas dadas en diferentes universidades y conferencias. Presenté por primera vez “Los futuros del capitalismo” (capítulo 6) en una conferencia sobre “La teoría del Estado en el capitalismo contemporáneo”, en la Universidad de Puebla, en Puebla, México, en octubre de 1979 y en una conferencia sobre “Nuevos desarrollos en la teoría del Estado”, en diciembre de 1979 en la Universidad de Toronto. Después de muchas revisiones (principalmente debido a algunas divergencias teóricas y quizás políticas con los editores de la revista), este texto se publicó en *Socialist Review*, no. 69, en 1983. Escribí “¿Qué es el marxismo analítico?” como ponencia principal para el Encuentro de la Asociación Brasileña de Sociología de junio de 1989 en Río de Janeiro. Este texto también apareció en *Socialist Review*, no. 4, 1989. Algunas secciones de este ensayo se incluyeron posteriormente en partes del primer capítulo del libro que escribí con Andrew Levine y Elliott Sober, *Reconstructing Marxism* (Londres 1992).

Presenté por primera vez el texto “Explicación y emancipación en el marxismo y el feminismo” (capítulo 10) en el encuentro anual de 1990 de la *American Sociological Association* y posteriormente en la Universidad de Ciudad del Cabo, Suráfrica, en junio de 1992. De todos los artículos que se reimprimen en este libro, éste fue el que más trabajo me costó publicar por primera vez. Primero lo envié a la *New Left Review* en 1990. Me lo devolvieron con muchos comentarios y una solicitud para que lo revisara. Después de realizarle cambios sustanciales que pensé solucionaban todas las objeciones importantes, volví a enviárselos. Esta vez lo rechazaron del todo. Aparentemente, los miembros del consejo editorial consideraron que yo caracterizaba de manera injusta al marxismo adjudicándole una visión determinista de la trayectoria auto-destructiva del capitalismo y que denigraba el feminismo al

considerar sus objetivos de emancipación menos problemáticos que los del Marxismo. Después envié el artículo a *Socialist Review* y lo rechazaron en un tiempo relativamente corto. Aunque consideraron el artículo como “provocador”, muchos miembros del consejo editorial se opusieron con fuerza a varios de sus argumentos. Mi siguiente intento fue la *American Sociological Review*. Nunca había intentado publicar un ensayo teórico en dicha revista y pensé que quizás, como parecía que a las revistas de izquierda no les gustaba el texto, el bastión del establecimiento sociológico lo aceptaría. La respuesta negativa llegó rápido. Me dijeron que la revista no era lo suficientemente especializada y que carecía de referencias adecuadas para verificar las afirmaciones de mi artículo acerca de la naturaleza del marxismo y el feminismo como tradiciones teóricas. Eventualmente el artículo se publicó en la revista *Sociological Theory* en marzo de 1993.

Presenté “El marxismo después del comunismo” (capítulo 11) por primera vez bajo ese título durante el encuentro de la *American Sociological Association* de agosto de 1992, pero anteriormente había presentado fragmentos de este ensayo en charlas en varias universidades de Suráfrica y Estados Unidos. Algunas de las ideas de este texto aparecieron en versiones menos elaboradas del último capítulo de *Reconstructing Marxism*. La versión actual del artículo apareció en la *New Left Review*, no. 2002, noviembre-diciembre de 1993.

Finalmente, preparé “El análisis de clase de la pobreza” (capítulo 2) para una conferencia en octubre de 1993 sobre “La medición de las desigualdades sociales en salud” en el *National Institute of Child Health and Human Development* de Bethesda, Maryland. Me invitaron a esa conferencia para que aportara una “perspectiva de clases” al problema de las desigualdades en el campo de la salud y decidí que lo mejor que podía hacer era exponer los principios básicos de un análisis de clase de la pobreza. Este artículo no se ha publicado hasta el momento.

A lo largo de los casi quince años que transcurrieron entre los primeros borradores de los primeros de estos ensayos y la versión definitiva del último, tanto el contexto intelectual inmediato como el más amplio contexto social y político dentro de los que se desarrolla la academia marxista han sufrido profundos cambios. A finales de los años setenta, el marxismo todavía era el núcleo del trabajo intelectual de la izquierda. Todavía se debatían con inten-

sidad los temas y conceptos del marxismo clásico –la teoría laboral del valor, el materialismo histórico, la naturaleza del Estado capitalista– y todavía se le daba una credibilidad considerable a muchas de sus formulaciones clásicas, incluso por parte de sus críticos. Cuando en el otoño de 1993 terminé de escribir el último de los ensayos que conforman este libro, “El análisis de clase de la pobreza”, el marxismo ya no ocupaba el lugar principal entre los académicos críticos y muchas personas que todavía consideraban que estaban trabajando dentro de esa tradición la habían abandonado o habían transformado sus conceptos fundamentales.

Estos cambios en el contexto se reflejan en desplazamientos teóricos y retóricos a lo largo de los ensayos. Por ejemplo, en algunos de los ensayos más lejanos en el tiempo, todavía aparecen discusiones sobre la teoría laboral del valor. En los ensayos posteriores, la teoría laboral del valor no aparece en ningún lugar, salvo alguna mención ocasional. Los dos capítulos que tratan sobre el socialismo (capítulos 6 y 7), uno de 1979 y el otro de 1986, más o menos dan por sentada la alternativa entre capitalismo y socialismo, mientras que los dos ensayos escritos a comienzos de los años noventa y que discuten el proyecto de emancipación del marxismo (capítulos 10 y 11), tratan al socialismo y al comunismo como conceptos problemáticos que requieren una defensa seria.

Dados esos cambios históricos en los parámetros del debate intelectual, resultaba tentador editar los ensayos más antiguos para acomodarlos a las preocupaciones y a la sofisticación de hoy en día. (De hecho, en los planes iniciales para este libro consideré incluir tres ensayos escritos a comienzos de los años setenta –“*Recent Developments in Marxist Theories of the State*”, “*Modes of Class Struggle and the Capitalist State*” y “*The Parsonsian and Structuralist-Marxist Theories of the State*”– pero luego decidí no incluirlos porque me parecieron muy anticuados). Resistí la tentación y no le extirpé el candor a ninguno de los ensayos. La única edición que hice fue remover algunas secciones que repiten discusiones de otros capítulos y añadir algunas aclaraciones cortas.

Mucha gente me proporcionó comentarios extensos, escritos y verbales, sobre muchos de estos capítulos. Quisiera reconocer en particular las críticas perspicaces y agudas de Michael Burawoy, quien constantemente me urge a

que no ceda demasiado terreno para ganar respetabilidad. Muchos de los artículos se analizaron cuidadosamente durante los encuentros anuales del grupo de marxismo analítico, a los que asistieron Sam Bowles, Robert Brenner, G.A. Cohen, Jon Elster, Adam Przeworski, John Roemer, Hillel Steiner, Robert van der Veen y Philippe van Parijs. En los artículos también se reflejan las discusiones periódicas que tuve con Andrew Levine mientras sacábamos mi perro a pasear y con Joel Rogers durante desayunos dominicales. A lo largo de muchos años, los estudiantes de posgrado del programa de análisis de clase y cambio histórico del departamento de sociología de la Universidad de Wisconsin han sido la audiencia y los críticos iniciales de muchas de las ideas que posteriormente aparecieron en estos ensayos.

Prólogo

Caer en el marxismo; quedarse en él

En 1968, cuando cursaba el último año de mi pregrado en Harvard, filmé una película llamada “La partida de ajedrez”, como parte de un curso de animación que estaba tomando. La película usa técnicas de “animación sólida” (es decir, mover una pieza ligeramente para luego filmar un cuadro de la película) y trata sobre la acción de un conjunto de piezas de ajedrez talladas con esmero, que están jugando una partida de ajedrez. La historia básica de la película es sencilla:

Las piezas avanzan sobre el tablero de manera militar. Primero, entra la aristocracia, seguida por los peones, éstos flanqueados por los caballos. Dos peones tratan de escapar pero los capturan y los traen de nuevo al tablero. La partida comienza. Desde el comienzo, la tasa de mortalidad de los peones es muy alta (desde el punto de vista del ajedrez la calidad de la partida es terrible). Cuando una pieza es capturada, cae y la expulsan del tablero. Los peones se acumulan gradualmente al lado del tablero. Eventualmente la película los muestra hablando entre sí, ambos bandos mezclados. Después de un rato, en un arrebato, los peones atacan a las piezas aristocráticas que todavía están jugando en el tablero. La banda sonora cambia en ese momento, y pasa de un clavicordio barroco a “El rito de la primavera” de Stravinsky. En poco tiempo, los peones derrotan a la elite y la expulsan del tablero. Entonces, los peones, blancos y negros mezclados, bailan una danza tradicional en carrusel típica de Virginia. La imagen en la pantalla se desvanece. ¿Ahí termina la historia? No. La imagen aparece de nuevo y se observa que las piezas marchan otra vez hacia el tablero. Se ordenan para comenzar una nueva partida, sólo que esta vez los peones están en la fila de atrás y las antiguas piezas aristocráticas están en la de adelante. Ahora los peones se

mueven como caballos, reinas, alfiles; la elite del *ancien régime* queda reducida al estatus de peones. Y la partida comienza de nuevo.

Filmé esta película durante un momento crucial en la historia de la izquierda, al menos en el mundo occidental. El otoño siguiente la exhibí en un centro estudiantil internacional en París. La gente todavía vivía las consecuencias de los eventos de mayo de ese año. Al terminar la proyección de la película, un estudiante norvietnamita se levantó y la atacó diciendo que representaba la inutilidad completa de los intentos de cambio revolucionario. A su modo de ver, el mensaje de la película era *plus ça change, plus c'est la même chose* (entre más cambian las cosas, más permanecen igual). Yo le respondí diciéndole que estaba comprendiendo mal el mensaje de la película. El punto de la película era que no es posible bailar un baile revolucionario en un tablero de ajedrez. El error que cometían los peones en esta fábula era imaginar que simplemente al eliminar a la clase dirigente del tablero podrían construir una nueva sociedad. El tablero representaba la estructura social que produce las partidas que jugamos, en vez de simplemente proporcionar un fondo “natural” o neutral para la acción. Por lo tanto, lo que los peones tenían que haber hecho era quitar el tablero y no solamente a los antiguos jugadores. Al no hacer esto, en últimas los peones recrearon la misma partida anterior pero con un intercambio de los roles tradicionales. Uno no puede bailar por mucho tiempo un baile comunal en un tablero de ajedrez.

Debo admitir que este recuento articulado del mensaje de la película viene de reflexiones posteriores sobre las intuiciones que tuve durante el proceso de elaboración de la película. En todo caso, considero que esta película muestra algunas cosas sobre mi pensamiento en un momento en el que todavía no consideraba marxista mi propio trabajo. No fue sino hasta varios años después, durante los primeros años de los años setenta, cuando ya era estudiante de posgrado, que comencé a identificar mi trabajo de tal manera. Sin embargo, tenía todas las intuiciones puestas en su sitio, al menos así me lo parece, antes de reconocer que, efectivamente, tales intuiciones eran esencialmente intuiciones marxistas. Esto es parte de lo que tenía en mente cuando escogí el título para este capítulo, “Caer en el marxismo; quedarse en él”. Por supuesto, la alusión es algo romántica: uno se enamora, pero de-

cide casarse. (Y cada vez más hay que decidir seguir estando casado, dada la facilidad del divorcio).

Viendo la historia de mi vida en retrospectiva, creo que lo que aprendí en mis primeros años de posgrado fue que en mis propias percepciones del mundo yo de hecho ya era “marxista”. Esto fue más un *descubrimiento* que una *decisión*. Sin embargo, dado este descubrimiento, en varias coyunturas de mi carrera me he enfrentado a decisiones más o menos conscientes. En esta discusión quiero centrarme en la naturaleza de esas decisiones.

Reflexionar sobre la interacción entre decisión y contexto es sociología básica: consecuencias esperadas e inesperadas; cálculo racional y acción normativa; decisiones bajo restricciones. El giro particular que quisiera darle a la dialéctica que se da entre decisión y restricción se puede encontrar en la historia de Ulises y las Sirenas —a veces uno toma decisiones de manera consciente en parte para restringir sus propias posibilidades futuras de decisión. (Este uso de la metáfora de Ulises y las Sirenas viene del libro de Jon Elster, *Ulysses and the Sirens*, Cambridge University Press). Ulises sabía, mediante una forma de meta-racionalidad, que dentro de poco iba a enfrentarse a una situación en la que *no* quería tener la capacidad de tomar decisiones. Quiso entonces que lo ataran al mástil y dio instrucciones a los marineros del barco para que no atendieran sus órdenes de liberarlo, porque sabía que si lo liberaban, él mismo causaría su propia desgracia. Por lo tanto, en cierto momento Ulises tuvo la capacidad de tomar decisiones que restringieron sus decisiones futuras.

A lo largo de mi carrera he tomado una serie de decisiones que tienen esa característica básica de la situación de Ulises frente a las Sirenas: de un modo u otro he tomado decisiones estratégicas comprendiendo en mayor o menor medida la forma en que esas decisiones restringirían posibles decisiones futuras. Las decisiones que tomé en cinco coyunturas concretas me parecen especialmente importantes. La primera tiene que ver con la decisión de identificar mi trabajo primordialmente como un *aporte* al marxismo en vez de simplemente identificarlo como un *uso* del marxismo. La segunda se refiere a mi decisión de ser sociólogo, en vez de cualquier otro “ólogo”. La tercera es la decisión de ser lo que algunos describirían como un marxista multivariado: un sociólogo marxista que realiza un trabajo ostentoso, quizás

incluso pretencioso, de investigación cuantitativa. La cuarta decisión se refiere a la escogencia de un departamento académico particular. Esta decisión se me planteó de manera precisa cuando en 1987 pasé un año como profesor visitante en la Universidad de California, Berkeley. Me ofrecieron un puesto en dicha universidad y debía decidir si regresaba a Wisconsin o no. Regresar a Madison era sin duda una posibilidad. Finalmente, y es el tema que analizaré con más detalle, estuvo la decisión de permanecer como marxista en un mundo de pos-marxismos, donde muchos de mis camaradas intelectuales han decidido por buenas razones, y a veces no tan buenas, remodelar su agenda intelectual para quedar como amigos de la tradición marxista, pero en todo caso fuera de ella.

Para preparar el terreno para esta reflexión sobre decisiones y restricciones, déjenme contarles algo acerca de la trayectoria de vida que me llevó a esas decisiones.

Supe que quería ser profesor más o menos a los diez años. Mis dos padres son académicos; mis dos hermanos son académicos; sus dos esposas son académicas. El chiste de la familia es que la única movilidad social que tenemos es interdepartamental. Si uno se remonta a una generación más atrás, eso no era así; pero para mí era obvio que debía ser profesor. Nunca lo sentí como una decisión real que debía tomar. Literalmente, nunca experimenté la decisión de ser profesor. Desde que tengo memoria recuerdo que al pensar sobre lo que quería hacer en mi vida siempre pensaba en ser profesor.

Es gracioso, pero estudiar mi pregrado en Harvard tampoco fue en realidad una decisión en el sentido de analizar con cuidado las alternativas y sopesar las consecuencias. Estudié mi bachillerato en Lawrence, Kansas. Allí está la Universidad de Kansas donde mis padres eran profesores. Cuando me gradué del bachillerato ya había acumulado un montón de créditos en la universidad. Todos mis amigos iban a estudiar en la Universidad de Kansas. Estudiar allí parecía ser la única opción. Pero un amigo de la familia, Karl Hieder, me dio un formato de aplicación para Harvard como regalo de navidad en mi último año de bachillerato. En ese entonces, él estudiaba un posgrado de antropología en Harvard. Llené el formato y lo envié. Solamente apliqué a Harvard, no debido a un exceso de confianza, sino a que fue la única aplicación que me regalaron en dicha navidad. Cuando eventualmente

me aceptaron (primero estuve en la lista de espera), tenía que decidir entre la Universidad de Kansas y Harvard. Supongo que esta sí era una decisión, pues hubiera podido decidir quedarme en la Universidad de Kansas. Sin embargo, fue algo muy obvio; no hubo angustia, no hubo un examen cuidadoso de las alternativas, no sopesé los pros y contras. Por lo tanto, ir a Harvard, al igual que ser profesor, en cierta forma simplemente *ocurrió*, en vez de ser algo que *decidí*.

Podría enumerar otros eventos del mismo tipo: después de haber terminado mis estudios en Harvard recibí una beca para estudiar dos años en Oxford. Bien, para un intelectual joven al que le encantaba estudiar y leer y le gustaban los nuevos lugares, hubiera sido ridículo no ir a Oxford. No fue, nuevamente, una decisión real. No sopesé las consecuencias. Simplemente fue algo obvio para mí.

Sin embargo, mi carrera no es un paseo por alternativas obvias donde no hay que decidir nada y quisiera por lo tanto concentrarme ahora en una serie de coyunturas que tuvieron más características de decisiones. Hubo una deliberación real y una valoración de las implicaciones de las distintas opciones.

Volverme marxista: responsabilidad y eclecticismo

Cuando comencé mis estudios de posgrado en Berkeley en 1971, yo ya tenía ideas intelectuales y políticas bien radicales. Había pasado el año anterior como estudiante del seminario Unitario de Berkeley, el colegio sacerdotal Thomas Starr King. Me inscribí en dicho seminario, no porque sintiera un profundo compromiso con el sacerdocio como posible vocación —nunca contemplé esto como algo que realmente haría—, sino porque era la única forma que se me ocurrió para que no ir al ejército durante la guerra de Vietnam. A finales de los años sesenta, las inscripciones en los seminarios, especialmente los seminarios Unitarios, se incrementaron de manera dramática. Durante el año que pasé en el seminario Unitario de Berkeley, fui estudiante de capellán en la prisión de San Quintín y me involucré activamente en un proyecto llamado el Proyecto de Derecho para las Prisiones. El proyecto era una asociación activista, que en particular (aunque no exclusivamente) relacionaba a prisioneros negros radicales con abogados de izquierda, que tenían el propósito de cambiar las condiciones de vida de las prisiones mediante la

litigación y otras formas de activismo. En el contexto de mi trabajo con el Proyecto de Derecho para las Prisiones y de mi rol en la prisión, decidí, junto con mis amigos del proyecto, escribir un libro sobre la prisión de San Quintín, que eventualmente se publicaría bajo el título *The Politics of Punishment*. Yo escribí más o menos la mitad de ese libro y el resto lo escribieron varios prisioneros y otras personas vinculadas al proyecto.

The Politics of Punishment fue el primer contexto en el que tuve que desplegar de manera sistemática mi naciente perspectiva teórica en un ejercicio académico de escritura de un análisis prolongado. Escribí el libro durante mi primer año como estudiante de posgrado en la escuela de sociología de Berkeley. Fue realmente en ese contexto cuando me di cuenta de que no solamente mis ideas eran compatibles con el marxismo, sino de que en realidad, en términos de mi propio compromiso intelectual, yo era marxista. En efecto, fue un descubrimiento saber que existía una tradición intelectual activa, muy cercana a mis ideas. No entendí esto gracias a un estudio profundo de Marx. En ese momento ni siquiera había leído *El capital*, por ejemplo. Hasta entonces solamente había tenido la típica exposición que se tiene en Harvard a pequeños fragmentos clásicos del marxismo y había tenido contacto con un poco más de lo mismo en Oxford al estudiar historia. Pero básicamente, el descubrimiento de que mis ideas podían clasificarse adecuadamente como “marxistas” no fue el resultado de cuidadosos análisis tras una lectura de los clásicos, sino más bien de una exposición a los temas centrales y a los debates actuales del marxismo como tradición intelectual viva. Por lo tanto, llegué al marxismo más a través de los argumentos sustantivos contemporáneos del análisis de clase y de la economía política, que de los textos clásicos.

Mientras descubría que mis ideas encajaban bien en la tradición marxista, de todas maneras todavía tenía que tomar una decisión. Esta es la primera bifurcación que quiero señalar. Entre los intelectuales marxistas radicales hay una distinción importante entre definir el trabajo propio como un trabajo *que se basa en la tradición marxista*, por un lado, y definirlo como un trabajo *que contribuye a la reconstrucción del marxismo*, por otro. Muchos académicos reconocen que su trabajo se ha inspirado en buena medida en el marxismo, pero no dan el paso adicional de considerarlo como una contribución al marxismo. Uno puede, si se quiere, *hacer marxismo sin ser marxista*.

La mayor parte de lo que he escrito, si excluimos algunos apartes retóricos que se esfuerzan por resaltar lo mucho que mis textos contribuyen al marxismo, podría también haberse escrito con un espíritu más calmado de inspiración en el marxismo. Podría haber enmarcado mis argumentos diciendo cosas como que “la tradición marxista es una fuente de ideas rica e interesante. Podemos aprender mucho de ella. Veamos a dónde podemos llegar tomando las nociones tradicionales de clase y moldeándolas, transformándolas, combinándolas de diversas maneras con otros elementos”. Podría haber reorganizado mi análisis de esta manera sin comprometerme con el marxismo *per se*, como tradición que vale la pena reconstruir.

A finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, muchos sociólogos, intelectuales radicales de mi generación, tomaron la decisión contraria. Tomemos como ejemplo la obra de Theda Skocpol, especialmente su primer trabajo, *States and Social Revolutions*. Este libro habría podido escribirse como un trabajo marxista, sin que eso cambiara de manera sustancial alguna de sus tesis. Habría podido escribirse como un libro que pretendía reparar y arreglar algunas debilidades de la tradición marxista con el fin de reconstruir y fortalecer esa tradición. En vez de ello, dicha autora decidió hacer del libro un diálogo con la tradición marxista, pero claramente por fuera de ella, por razones que ella tendría que explicar mediante su propio conjunto de coordenadas intelectuales y personales. Yo tomé la decisión contraria. La pregunta es, ¿por qué lo hice?, ¿qué pensé al tomar esa decisión?

Déjenme contarles algo que creo ayudará a revelar lo que está en juego. En 1986 di una charla en Varsovia con el título “Repensar de nuevo, ¡ay!, el concepto marxista de clase” o algo igualmente pretencioso. En la charla discutí cosas tales como las posiciones contradictorias de clase, la explotación y la sociedad pos-capitalista, el rol del control sobre diferentes tipos de activos en la construcción de nuevas formas de explotación, y así sucesivamente. Al final de la charla, la primera pregunta de la audiencia fue: “Profesor Wright, sus ideas me parecen muy interesantes y convincentes. Me parece que hay mucho para discutir sobre ellas. Pero, ¿por qué llama a eso *marxismo*? ¿Por qué desviar la atención de lo que usted realmente dice clasificando sus ideas como marxistas?”. Lo que se nota aquí es la diferencia dramática que hay,

dependiendo del contexto, para realizar un trabajo intelectual radical. En el contexto polaco, declarar que eso era una reconstrucción del marxismo significa algo muy diferente a lo que esa misma afirmación, esas mismas palabras, significarían en el contexto de la sociología estadounidense. En Polonia, reconstruir el marxismo significa rescatar la ideología de la represión estatal. En Estados Unidos, recubrir el trabajo propio de una retórica sobre la reconstrucción del marxismo significa algo muy diferente.

Por lo tanto, creo que la primera motivación para declarar que mi trabajo es una contribución al marxismo gira en torno a un aspecto de la sociología del conocimiento. ¿Qué quiere decir que uno defina su propio trabajo como una parte integral de una corriente de oposición dentro de un conjunto de instituciones establecidas? Creo que esto es muy similar a lo que los sociólogos quieren decir cuando hablan de los “grupos de referencia”, aunque no se trata simplemente de la *gente* con la que uno cree que está conectado o ante la que uno se considera responsable. Lo que en realidad estaba en juego para mí con esta decisión era la naturaleza del grupo que representaba o de la audiencia ante la que me sentía responsable. ¿Por cuáles críticas me iba a preocupar y cuáles quería simplemente descartar?

El tema de los grupos que uno representa o del grupo de referencia se refleja en la diferencia en el tipo de reacción que siento cuando la *American Sociological Review* rechaza uno de mis artículos, algo que pasa con bastante frecuencia, y cuando la *New Left Review* hace lo mismo, algo sucede con menos frecuencia pero que sucede. (como dije en el prólogo, el artículo sobre marxismo y feminismo, que sirve de base al capítulo 10 de este libro, fue rechazado por la *New Left Review*, después de haberlo revisado cuidadosamente a la luz de las críticas del consejo editorial de la revista). Cuando la *ASR* rechaza uno de mis artículos básicamente me molesto. Me aburre y me frustra el trabajo adicional que las objeciones de los editores implican, que por lo general es un trabajo de carácter técnico que no implica profundizar el conocimiento. En cambio, cuando la *New Left Review* rechaza uno de mis artículos, me preocupo, me pongo ansioso. Necesito más tiempo para por lo menos pensar las críticas que me hacen. En el caso del artículo sobre marxismo y feminismo, los editores del *NLR* me enviaron diez páginas a espacio

sencillo de críticas. No pude ni siquiera leerlas hasta que dispuse de un par de días sin otro tipo de obligaciones; era algo que me producía mucha ansiedad como para enfrentarme de otra manera a las ideas y temas que planteaban. Eso nunca me pasa cuando rechazan mis artículos en la *ASR*. Simplemente me enfurezco y sigo con mis cosas.

Estos asuntos psicológicos son una parte importante de lo que hace que vea mi propio trabajo dentro de la tradición marxista, que lo vea como un trabajo que contribuye a reconstruir la tradición en vez de simplemente apoyarse en ella. Definir mi propio trabajo de esa manera determina ante quién debo responder, cuáles opiniones me importan. Sin embargo, el tema del grupo de referencia no es únicamente psicológico, pues los grupos de referencia también son redes sociales que cuentan con recursos reales e imponen presiones reales. Entonces, escoger un grupo de referencia implica un conjunto de restricciones que uno debe enfrentar en el futuro.

Así pues, al decidir describir mi trabajo como una contribución al marxismo, ocurre algo similar a lo de la historia de Ulises y las Sirenas. Se trata de un intento, imperfecto sin embargo, de bloquear ciertas presiones coercitivas que se dan al momento de entrar en una profesión. Es un intento de *complicarme* la vida. Lo mismo ocurre con las sociólogas feministas de hoy en día. En vez de simplemente contribuir a la sociología inspirada por el feminismo, este grupo considera que su trabajo contribuye a la construcción de la teoría feminista. Estas declaraciones complican la vida, pues uno podría decir casi las mismas cosas sin necesidad de enunciar su agenda de esta forma provocadora. Sin embargo, complicarse la vida de esta manera no es una señal de masoquismo; es una estrategia que dificulta que uno se deslice sin darse cuenta hacia una práctica teórica e intelectual que se encuentra abrumada por su grado de aceptación. Las presiones para llevar a cabo un trabajo académico afable, no polémico y aceptable, son enormes. Así que uno puede neutralizar en parte esas presiones, al situar su propio trabajo en una corriente radicalmente opuesta.

*

Hay otro aspecto relacionado con mi decisión de contribuir a la construcción del marxismo como tradición intelectual, que desempeñó un papel en mis decisiones y que cada vez ha sido más importante en mi subsecuente decisión de permanecer en el marxismo en vez de convertirme, como está de moda en estos días, en un pos-marxista. Este segundo aspecto de mi decisión tiene que ver con temas más relacionados con la filosofía de la ciencia que con la sociología del conocimiento. ¿Cuál es la mejor manera de contribuir a la ampliación de nuestro conocimiento sobre la vida en sociedad? ¿Acaso la estrategia más productiva es trabajar con el paradigma que uno considera superior, o es más conveniente asumir un enfoque ecléctico, evitando cualquier compromiso radical con una sola perspectiva, y más bien tomar y escoger elementos de diferentes tradiciones según convenga para responder a las distintas preguntas particulares que uno escoja? De manera algo estilizada podemos contrastar dos posturas al respecto: una de ellas le da un gran valor a los programas ambiciosos que tratan de integrar y cohesionar la teoría en forma de paradigma; y la otra postura, que a veces se conoce como un enfoque más empírico, argumenta que lo que hay que hacer es describir el mundo de forma más profunda e intensa, a la vez que obtenemos elementos eclécticos de diferentes fuentes según lo consideremos conveniente para cada tipo de problemas.

Mis ideas sobre estas prácticas intelectuales opuestas no son normales para alguien que está comprometido con un paradigma de conocimiento en su propio trabajo. La mayor parte de las personas que procuran construir paradigmas fuertes son anti-eclécticos: consideran que el eclecticismo es un enemigo de la construcción de paradigmas. A mí me parece, por el contrario, que hay una relación simbiótica entre quienes se dedican a los paradigmas y los eclécticos. El terreno intelectual óptimo para la teoría radical —o, de hecho, para cualquier tipo de conocimiento sociológico— es una mezcla de personas comprometidas con el eclecticismo y con la construcción de paradigmas. Si yo pudiera chasquear mis dedos y convertir a todos los intelectuales radicales en marxistas comprometidos, no lo haría. Creo que sería malo para el marxismo y sin duda sería malo para la izquierda. Si pudiera chasquear mis dedos y convertir a todos los intelectuales en eclécticos comprometidos, si es que

eso no es un oxímoron, tampoco lo haría. En cierta forma, el eclecticismo es parasítico respecto a los paradigmas. Para ser un ecléctico eficaz, es necesario tener alrededor otros académicos preocupados de manera obsesiva por reconstruir paradigmas y mantener el mayor grado de coherencia en su interior. Pero si todo el mundo se dedicara a eso, se reducirían las posibilidades de reconstruir con eficacia los paradigmas, porque los misterios, preocupaciones y anomalías que debe enfrentar un proyecto de reconstrucción, vienen con frecuencia de las observaciones que realizan los eclécticos.

Por lo tanto, el ambiente de trabajo óptimo y que busco en la medida de lo posible en los círculos intelectuales, valora un pluralismo intelectual en el que nadie es más sagrado que otro en cuanto a los principios meta-teóricos. El diálogo entre las dudas de los eclécticos y el compromiso de los constructores de paradigmas fortalece a ambos. Esto vale tanto para el feminismo contemporáneo como para el marxismo. En la tradición feminista, el feminismo radical es crucial para el feminismo saludable, a pesar de que considero que el feminismo radical es la versión menos plausible del feminismo. De todas maneras, sería una vergüenza para la tradición feminista si las feministas radicales abandonaran las formas más radicales y extremas del feminismo. De igual manera, para la tradición intelectual socialista es importante tener un cuerpo de trabajo intelectual y académico que siga comprometido con la reconstrucción del marxismo, en vez de simplemente tomar elementos de la tradición marxista.

Ser sociólogo: las no-disciplinas y el pluralismo intelectual

La segunda decisión importante en mi carrera fue la de ser sociólogo. Hoy en día todavía me considero como alguien que está en la sociología y no como alguien que pertenece a la sociología. Considero que la sociología es más una plataforma desde la que realizo mi trabajo y no una disciplina frente a la que sienta un gran compromiso (aunque debo admitir que con el tiempo mi sentido de lealtad con este campo se ha incrementado un poco). En mi pregrado mi énfasis principal fue un programa interdisciplinario en ciencias sociales (estudios sociales). Después de eso estudié historia en Oxford durante dos años. Me veo a mí mismo como un científico y teórico social, y no co-

mo un Sociólogo con “S” mayúscula. ¿Entonces por qué escogí la sociología como hogar académico?

De todas las ciencias sociales, la sociología me pareció la *menos disciplinaria*; era la disciplina con fronteras más borrosas. Pero aún más importante, la sociología ha valorado sus propias tradiciones marginales de una manera que otras ciencias no lo han hecho. En economía se describe a Marx como un pos-ricardiano de tercera. (Esta es una cita famosa de Paul Samuelson, economista ganador del premio Nobel). Por el contrario, incluso los sociólogos anti-marxistas reconocen la importancia de Marx como uno de los fundadores intelectuales de lo que hoy en día es la sociología. Todos los cursos de posgrado de teoría incluyen al menos algunos textos de Marx. Hay departamentos de economía en los que ni siquiera se menciona el nombre de Marx. La otra disciplina de las ciencias sociales que hubiera servido para mi propósito habría sido la ciencia política, y supongo que si hubiera estado en otra universidad a lo mejor me habría convertido en politólogo. Pero me pareció que en Berkeley la sociología era un campo más agradable para ser radical y en general hoy en día creo que la ciencia política tiende a ser menos hospitalaria con el radicalismo debido a la estrecha relación entre la ciencia política y el Estado. La ciencia política es un espacio en el que se forman los consultores del gobierno y los analistas políticos, y ese aspecto de la ciencia política como disciplina es una restricción que no quise escoger. Por lo tanto, me decidí por la sociología.

Ser un marxista multivariado: legitimación del marxismo y del carrerismo

En las escuelas de posgrado, incluso en lugares como Berkeley, se nota muy rápido dónde está el núcleo intelectual de la disciplina. Tras haber decidido ser sociólogo y escoger como misión la reconstrucción del marxismo como ciencia social, vi que una de las tareas cruciales de mi trabajo consistiría en aumentar la credibilidad del marxismo dentro de la academia y consideré que podría lograr esto mediante la investigación cuantitativa. Así lo escribí en un ensayo que se publicó en el *Berkeley Journal of Sociology* en 1987, al reflexionar sobre mis tempranas ambiciones teóricas: “En un principio te-

nía visiones de batallas gloriosas entre paradigmas, con luchas en las que el valeroso caballero defensor de Marx derribaba con su lanza al rival burgués en una dramática justa cuantitativa. Es más, la fantasía mostraba al vencido admitiendo la derrota y cambiando de bando como resultado”.

Mi decisión de comenzar una serie de proyectos en cuyo núcleo había sofisticadas técnicas estadísticas no estaba motivada por alguna convicción epistemológica en el sentido de que estas técnicas generaban un conocimiento más profundo o confiable. De hecho, casi siempre me he dado cuenta de que aprendo más de un trabajo histórico de buena calidad que de la investigación de obsesionados cuantitativos. Pero en ese punto de la historia del marxismo en la sociología (mediados de los setenta), me pareció que la mejor opción para incrementar el espacio intelectual de los marxistas en la academia era establecer la credibilidad del marxismo mediante una metodología cuantitativa.

Para ser honesto, desde el comienzo también hubo un lado más oscuro en mi atracción por la investigación cuantitativa. Cuando se supo hacia donde se dirigía el núcleo intelectual de la sociología durante los años setenta, también se supo qué tipos de investigación tendrían mayores posibilidades de obtener respaldo financiero y prestigio. Como instituciones, todas las disciplinas académicas tienen un sistema de recompensas y sanciones que dirige el trabajo en direcciones particulares y en ese entonces era claro que habría más recursos para la investigación cuantitativa. Yo era un joven académico muy ambicioso —ambicioso en mi búsqueda de lo que consideraba la “verdad”, pero también ambicioso en mi búsqueda de estatus, reconocimiento, influencia y viajes por el mundo. Por lo tanto, el compromiso con una línea de investigación relacionada con la investigación convencional de encuestas me ofrecía recompensas tangibles.

No puedo reconstruir exactamente cuál fue el balance entre estas motivaciones a mediados de los setenta cuando hice mi investigación doctoral —un estudio cuantitativo de la estructura de clases y de la determinación del ingreso— o a finales de esa misma década cuando comencé mi proyecto comparativo, aún en curso, sobre la estructura de clases y la conciencia de clase. Pero cualquiera que haya sido el balance entre la obtención de recur-

sos y el compromiso intelectual, la decisión de dirigir mi investigación de esa manera ha tenido muchas consecuencias que no siempre han sido de mi agrado. Esa decisión ha tenido como resultado una disminución del espectro de preguntas que puedo formular y una divergencia entre buena parte de mi mejor trabajo teórico y mi investigación empírica. En un principio, cuando comencé el proyecto comparativo de análisis de clase en 1978, la idea era hacer una encuesta sobre la estructura de clases y la conciencia de clase en Estados Unidos, Italia y Suecia. Estaba pensada como una operación de rutina: plantear y clarificar una serie de asuntos empíricos antes de volver a los problemas que más me importaban —el Estado, la política y el cambio social—. Desde entonces han transcurrido quince años. La encuesta se ha aplicado en dieciséis países, incluyendo buena parte de Europa occidental, Estado Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón, y recientemente también en Rusia, Corea del Sur, Taiwán y una segunda encuesta en Estados Unidos. Debido al tamaño de este proyecto, he creado un conjunto de expectativas y compromisos que no puedo abandonar fácilmente (o responsablemente), y sin embargo el trabajo no siempre produce resultados proporcionales al tiempo y recursos que el proyecto absorbe.

Escoger un departamento: sociología profesional *versus* sociología intelectual

En un comienzo me vinculé a la Universidad de Wisconsin sin mayor reflexión o deliberación. Algunos amigos míos del posgrado trabajaban allí y el departamento me reclutó de manera activa, por lo tanto nunca busqué trabajo a nivel nacional, explorando todas las opciones. Sin embargo, en 1987-8 pasé un año como profesor visitante en la Universidad de California en Berkeley y al final de ese año me vi enfrentado a una decisión genuina, inconfundible, una decisión llena de potenciales “camino que no se tomaron”.

Yo caracterizaría de la siguiente manera la gran diferencia que hay entre ambos departamentos. Si uno piensa en la gente famosa del departamento de sociología de Berkeley lo que se le viene a la mente son títulos de libros. Si uno piensa en la gente famosa del departamento de Wisconsin, lo que se le viene a la mente son las revistas en las que publican y los temas que trabajan.

Philip Selznick es *TVA and The Grass Roots: a Study in the Sociology of Formal Organizations*; Bob Hauser es el Sr. Movilidad. Wisconsin es un departamento que escribe artículos y Berkeley es uno que escribe libros.

El contraste entre ambos departamentos también se refleja en la naturaleza de sus programas de posgrado: en Wisconsin las tesis de un número importante de estudiantes de posgrado son productos derivados, de un modo u otro, de proyectos de investigación más amplios y duraderos. El modelo de educación es el del aprendiz, y si bien se espera que los estudiantes produzcan trabajos originales e innovadores, también se espera que lo hagan dentro del contexto de la investigación de un profesor. Por el contrario, en Berkeley es muy raro que los estudiantes desempeñen ese rol de aprendices. Se espera que los estudiantes sean intelectuales autónomos, que las tesis sean los primeros borradores de libros. Y si bien los estudiantes de posgrado reciben una retroalimentación sistemática de sus profesores, es raro que las tesis se deriven de manera directa de los datos y proyectos de sus asesores.

Al enfrentarme a esta difícil decisión, estilicé el contraste entre ambos lugares diciéndome que Berkeley era uno de los departamentos líderes en lo intelectual en el que yo estaría en el nicho de las disciplinas, mientras que Wisconsin era uno de los departamentos líderes en las disciplinas, dentro de las que yo estaría en el sector intelectual. ¿En cuál de estos lugares, pensé, me gustaría estar? ¿Qué lugar me proporcionaría el contexto más creativo para mi trabajo? Lo irónico era que, aunque en realidad el ambiente intelectual de Berkeley me parecía más interesante en muchos aspectos que el de Wisconsin, me parecía que tendría más retos y me impulsaría de maneras más interesantes si llegaba a ser un disidente intelectual en un departamento disciplinario, que si llegaba a ser un disidente disciplinario en un departamento intelectualizado. Me parecía que en ese punto de la historia y en ese punto de mi vida quizás la tensión creativa sería más constructiva en Madison. En Berkeley estaría discutiendo constantemente con las corrientes post-estructuralistas, posmodernas, sobre la relevancia de la cultura para todo y sobre la imposibilidad de explicar cualquier cosa. En Madison estaría argumentando a favor de la importancia de una perspectiva abierta y dialéctica sobre la relación entre el cambio social y la acción social y sobre la necesidad de voces no convencionales en la sociología. Así que, para bien o para mal, regresé a Wisconsin.

Seguir siendo marxista

Durante los años ochenta ocurrieron muchos divorcios dentro de la tradición intelectual del marxismo. Hoy en día estos divorcios tienen un nombre: pos-marxismo. El pos-marxismo es muy distinto a los primeros exmarxismos. Durante los años cincuenta, las personas que abandonaban el marxismo con frecuencia se convertían en defensores del orden establecido. Los exmarxistas anti-comunistas de aquellos años se volvían enemigos del marxismo. El pos-marxismo es un fenómeno muy diferente y no debería verse para nada de la misma manera. Cuando me radicalicé y comencé mi trabajo intelectual, el marxismo era realmente lo único que había, y si uno era serio como intelectual y en realidad quería hacer trabajo teórico, de una forma u otra tenía que acogerse a o hacer las paces con la tradición marxista, así uno después usara o no esa etiqueta para darse a conocer. Esto ha cambiado; hoy en día hay muchas corrientes de pensamiento radical que, en mayor o menor medida, han roto sus vínculos con el marxismo. El feminismo, por supuesto, es la más vibrante de estas corrientes dentro del espacio contemporáneo estadounidense, pero hay otras muchas. Muchos académicos que primero fueron marxistas se han pasado a alguna de las variedades del pos-marxismo. A veces este cambio se anuncia mediante una declaración en un artículo o en un libro; a veces el cambio se da simplemente mediante un desplazamiento hacia una nueva forma de escribir y pensar.

Bien, yo he permanecido tercamente en mi trabajo al interior del marxismo y sigo trabajando en pro de su reconstrucción, en vez de abandonarlo. Lo hago sobretodo por las dos razones que describí anteriormente —debido a que sigue siendo una forma de responsabilidad ante el grupo de intelectuales radicales que represento y a que en un entorno pluralista de modelos de trabajo teórico, el eclecticismo de otros requiere la reconstrucción de los paradigmas teóricos.

Sin embargo, no he pensado mi trabajo simplemente como un proyecto individual. Reconstruir el marxismo no es la tarea solitaria de un intelectual aislado, alojado en una torre de marfil. Mantener este compromiso y tener la esperanza de lograr esos objetivos requiere que uno se inscriba en un conjunto particular de redes sociales, en un círculo particular de gente cuyo trabajo uno lea y con quienes uno pueda discutir. Un “grupo de referencia” no es

simplemente una audiencia impersonal definida por una categoría social; también es un círculo de personas con nombres y direcciones que conforman la base activa y permanente para las interacciones intelectuales que animan el desarrollo intelectual de cada miembro.

En mi caso, hay dos grupos de referencia concretos que apoyan mi trabajo. El primer “grupo” está conformado solamente por una persona, Michael Burawoy, profesor de sociología en Berkeley. Michael y yo hemos leído prácticamente todo lo que el otro ha escrito durante los últimos quince años o algo así. Él me recuerda con frecuencia que no debo distraerme del objetivo final preocupándome por el rigor analítico a expensas de la relevancia política; yo con frecuencia le digo que sea más preciso en sus formulaciones, que sea más claro en la lógica subyacente de las distinciones conceptuales que realiza. Nuestros estilos intelectuales no cuadran en muchos aspectos. Él hace una etnografía muy minuciosa; mi investigación es cuantitativa, lo que con frecuencia oblitera buena parte de los matices y texturas de los temas que estudio. Él por lo general es escéptico respecto a las pretensiones de verdad “objetiva”; yo he defendido por lo general una perspectiva filosófica más bien convencional de las aspiraciones científicas del marxismo y la sociología. Hemos discutido estos temas y lo que significan para el trabajo de cada cual, paseando a mi perro por el bosque o buscando restaurantes abiertos en Moscú (Este diálogo se hizo público en forma de una serie de intercambios entre los dos que se publicó en las ediciones de 1987 y 1989 del *Berkeley Journal of Sociology*. El primero de estos intercambios apareció posteriormente en mi libro de 1990, *The Debate on Classes*; el segundo se publica de nuevo en el capítulo 9 de este libro). La forma particular en que en nuestra relación se combinan la lealtad y la cercanía personal con la diferencia intelectual, ha sido para mí una fuente de retos intelectuales y aliento. También ha sido, seguramente, al menos una parte de la dimensión personal de “seguir siendo” marxista.

Mi profunda y permanente relación con Michael Burawoy funciona como una especie de antídoto contra el segundo grupo de referencia importante en el que estoy involucrado, un grupo de académicos que ha estado en el centro de una corriente intelectual a la que, desde mediados de los ochenta, se conoce con el nombre de “marxismo analítico” (ver el capítulo 8 para una

discusión de algunos de los principios fundamentales que guían las discusiones del grupo). El grupo se da a sí mismo un nombre menos altisonante: el GMNOE –El grupo marxista de no-estupideces (*Non-Bullshit Marxism Group-NBSMG*). (De hecho, en el grupo una vez hubo una discusión sobre si el nombre debía ser nada de estupideces o no estupideces, dado que había un matiz muy sutil en la distinción. Pero no recuerdo bien el debate filosófico al respecto). El GMNOE es un grupo de académicos de cinco o seis países que se reúne cada mes de septiembre en Londres para una conferencia de tres días. Algunos de sus integrantes son bastante conocidos— Jon Elster, Adam Przeworski, G.A. Cohen, John Roemer, Robert Brenner, Sam Bowles —y puede que otros sean menos conocidos para los sociólogos estadounidenses— Robert Van der Veen, Philippe Van Parijs, Pranab Barhan y Hillel Steiner. El grupo se formó en 1979 sin intenciones de convertirse en algo permanente. Yo entré en 1981 y desde entonces he asistido a todas las reuniones menos una. Todos los años nos reunimos en el mismo salón. Todos los años comemos la misma comida festiva. En la mayoría de los casos, solamente nos vemos durante ese periodo de tres días, y es como si se tratara de un pedazo separado del resto del año reservado para este mundo particular. Uno tiene el resto del año para sí, pero esos tres días en concreto son para el encuentro de no-estupideces en Londres.

Las reuniones del grupo funcionan de la siguiente manera. Por lo general, de las diez u once personas que asisten a la reunión, más o menos la mitad han escrito algún artículo. Esos artículos se distribuyen entre los integrantes unas cinco o seis semanas antes del encuentro. Ya en la reunión, se le asigna a alguien la presentación de un artículo; los participantes no presentan sus propios artículos. Luego, durante más o menos una hora y media o dos horas, demolemos/discutimos el artículo sin ningún tipo de restricciones. El grupo está conformado, como podría predecirse, únicamente por hombres. El estilo intelectual es intenso y analíticamente agotador. A un observador externo muchas de las discusiones podrían parecerle destructivas, pero creo que no es así. Las interacciones se dan con una forma particular de la agresividad intelectual masculina que no puede invalidarse por sí misma; el simple acto de considerar el trabajo de los demás con tanta seriedad es de hecho una afirmación de respeto y apoyo. Un observador externo no necesariamente se

fijaría en esto. Si alguien viera como nos comportamos, podría pensar que se trata de un combate de gladiadores en el que la muerte es el único resultado posible. Pero desde adentro, es un escenario muy emocionante para resolver los problemas sutiles y las brechas en las ideas propias, y para aprender acerca del funcionamiento interno del trabajo de otras personas.

[Digresión: de vez en cuando hemos discutido temas de género, como tema de trabajo –presenté mi artículo sobre marxismo y feminismo en el encuentro de 1991– y también en cuanto a la composición de nuestro grupo. Para bien o para mal, nadie del grupo conocía bien a académicas que compartieran un interés por los temas de trabajo que nos preocupan y que trataran esos temas en el estilo intelectual que caracteriza al grupo. Para ser honesto, supongo que muchos de los miembros del grupo probablemente piensan que sería más difícil mantener la misma intensidad si éste fuera mixto. De cualquier manera, nunca hemos reclutado a ninguna mujer, aunque hemos invitado a varias en algunas ocasiones. En estos términos, el GMNOE genera temas importantes, e inquietantes, para la sociología de género. Las redes de este tipo son los verdaderos sitios en los que se produce el desarrollo intelectual, donde las ideas se generan y refinan. Si bien el GMNOE no cuenta con recursos financieros propios –no da becas y cada cual ha pagado siempre por su viaje–, por otro lado es influyente y valioso como red interpersonal activa de intercambio intelectual. Sin duda la composición de género de la red refleja el rol históricamente marginalizado de las intelectuales marxistas en la tradición marxista y contribuye de alguna manera a mantener dicha desigualdad de género].

Desde comienzos de los años ochenta, el GMNOE ha sido el grupo de referencia organizado que más me ha importado. Cuando escribo un artículo, los fantasmas que se sientan en la parte de atrás de mi estudio y que periódicamente saltan para decirme que lo que acabo de escribir es ridículo y hacen que me preocupe sobre si realmente he comprendido el tema, pertenecen sobretodo a este grupo (o, quizás, a espíritus gemelos a los de este grupo). Sin duda, este grupo ha contribuido a darle a mi trabajo una forma particular y una dirección específica, porque gracias a él tengo que preocuparme sobre ciertos temas mientras que otros pueden parecerme menos urgentes.

Todos los capítulos que siguen pertenecen a esta trayectoria intelectual y personal. Llevan consigo las tensiones de esta trayectoria, tensiones entre los valores radicales igualitarios y el profesionalismo académico de elite; entre el compromiso con el marxismo como tradición intelectual y política vibrante y el miedo a quedar atrapado en suposiciones indefendibles y pasadas de moda; entre ser relevante para las luchas reales y emplear mis energías para el perfeccionamiento de conceptos abstractos. Es imposible escapar a estas tensiones, al menos para mí, pero espero que al final hayan sido tensiones creativas que hayan empujado mis ideas hacia delante y hayan evitado que cayera en una complacencia confortable.

Prólogo a la versión en español

María José Álvarez Rivadulla* y César Rodríguez Garavito**

Como otros temas, la desigualdad suscita una paradoja en América Latina. Por un lado, las estadísticas tozudas muestran, una y otra vez, que se trata de la región más desigual del mundo. El 10% más rico de su población concentra 48% del ingreso total (De Ferranti, 2004). En un análisis reciente que utiliza explícitamente el concepto de clase social, los sociólogos Portes y Hoffman (2003) muestran cómo en América Latina no es necesario ser desempleado para ser pobre. En los últimos años, la mayoría de los trabajadores de la región vieron disminuidos sus ingresos. El proletariado formal disminuyó y aumentó el proletariado informal, es decir, los empleados sin contrato y sin prestaciones básicas de salud y seguridad social. Y a las desigualdades en el mercado de trabajo se suman las originadas en relaciones étnicas, raciales y de género profundamente inequitativas (Hoffman and Centeno, 2003).

* Profesora y coordinadora del Programa de Sociología en la Universidad del Rosario, Bogotá. También es investigadora asociada del Programa de Investigación sobre Integración, Pobreza y Exclusión Social (IPES) de la Universidad Católica del Uruguay. Es Ph.D. en Sociología de la Universidad de Pittsburgh (donde también finalizó su maestría en Sociología y una especialización en estudios sobre América Latina) y egresada de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay. Se interesa por temas de desigualdad y sus expresiones espaciales y políticas en la ciudad, movimientos sociales, y métodos de investigación en ciencias sociales.

** Profesor de la Universidad de Los Andes y director del Programa de Justicia Global y Derechos Humanos de la misma universidad. Investigador Afiliado del Institute for Legal Studies de la Universidad de Wisconsin-Madison y miembro fundador del Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad (Dejusticia). Es Ph.D. en Sociología de la Universidad de Wisconsin-Madison, máster en Derecho y Sociedad de la Universidad de Nueva York (NYU), máster en Filosofía de la Universidad Nacional y abogado de la Universidad de Los Andes. Ha publicado libros y artículos sobre sociología del derecho, sociología política, derechos humanos, globalización y desarrollo.

Por otro lado, sin embargo, el estudio sociológico de la desigualdad en la región presenta profundos vacíos. Es cierto que existe una rica tradición conceptual y una variada producción de estudios cualitativos sobre el tema, que se remontan por lo menos a la sociología de la dominación de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Pero también es cierto que en las últimas décadas la innovación conceptual y las investigaciones cuantitativas de calidad han declinado hasta el punto de cederle la voz dominante sobre el tema a la economía. No obstante, la economía —con su individualismo metodológico y su escepticismo en relación con el concepto de clase social— ofrece una visión parcial del problema. Al concentrarse sólo en los ingresos como síntoma de desigualdad, pierde de vista los patrones más profundos que están asociados con la brecha de ingresos, como las relaciones asimétricas entre clases sociales.

La publicación de *Preguntas a la desigualdad* de Erik Olin Wright pretende ayudar a llenar este vacío y revigorar el trabajo teórico y empírico de los sociólogos interesados por el tema en América Latina. Las preguntas sobre las características, determinantes y consecuencias de la desigualdad recorren la historia de la Sociología como disciplina. Las respuestas han sido variadas. En este libro, el autor nos ofrece una respuesta marxista distinta a la usual. Se trata de una respuesta que invita a redescubrir la teoría marxista y a considerar la clase social como una de las explicaciones posibles de tipos específicos de desigualdad.

Tomar al marxismo seriamente —esto es, desarrollar sin dogmatismos su potencial conceptual y empírico—, especialmente en el contexto de la academia estadounidense, no deja de ser anacrónico y valiente. Wright lo sabe y por eso en este libro nos ofrece una serie de argumentos teóricos y de estudios empíricos que nos ilustran sobre muchos malentendidos. Al hacerlo, Wright continúa una carrera que ha estado dedicada a un duro trabajo de legitimación de los aportes marxistas, en la que se ha apoyado en la investigación cuantitativa y, en este sentido, en el lenguaje dominante en la disciplina sociológica. No le ha ido nada mal. Junto a Michael Burawoy, quien ha optado por una aproximación metodológica distinta, de tipo etnográfico (ver capítulo 4), Wright es uno de los sociólogos marxistas más reconocidos hoy día. Incluso podríamos quitar el adjetivo y decir que es uno de los sociólogos más reconocidos hoy día, como lo muestra el hecho de que su obra

ha sido publicada en más de 10 libros y en las revistas fundamentales de la disciplina.

Como todo el trabajo de Wright, el libro tiene cuatro fortalezas excepcionales. En primer lugar, el texto es extremadamente claro y fino en la argumentación. Wright nos habla siempre como en un salón de clases, sin subestimarnos pero sin dar por supuesto nuestro conocimiento previo. Este rasgo no es casual. Se trata de una postura analítica que caracteriza no sólo toda la obra de Wright, sino el trabajo de todo un grupo de autores destacados—desde Jon Elster hasta Adam Przeworski en las ciencias sociales, y desde G. A. Cohen y Philipp Van Parijs en el campo filosófico— que fundaron el marxismo analítico o “marxismo anticharlatán” (*non-bullshit Marxism*) hace tres décadas para diseccionar sin apasionamiento pero con extremo rigor y claridad lo que el marxismo tiene que ofrecer a la comprensión y solución de los problemas contemporáneos. A diferencia del “marxismo charlatán” predominante en ese entonces (y que rebrota con demasiada frecuencia en América Latina), los analíticos han buscado evitar el argot y combinar el examen teórico riguroso con trabajo empírico sofisticado para concluir, sin dogmatismo, qué se debe conservar y qué se debe desechar del canon marxista.

En este sentido, contra los que han dicho que es el método dialéctico lo que diferencia al marxismo de la “ciencia social burguesa”, Wright asume el método científico y sostiene que lo que realmente diferencia al marxismo son los temas que le interesan y sus preguntas—por ejemplo, las preguntas que desde el marxismo se hacen al fenómeno de la desigualdad en este libro—. Como lo dice Wright más adelante, “aún si las respuestas a estas preguntas pueden desviarse considerablemente de las respuestas marxistas clásicas, las preguntas en sí mismas son característicamente marxistas.”

En segundo lugar, a diferencia de las interpretaciones totalizantes del marxismo, los conceptos y los hallazgos empíricos de Wright tienen alcances específicos y no excluyen otras aproximaciones y explicaciones. La clase social no lo explica todo. No explica por ejemplo, la división del trabajo doméstico entre hombres y mujeres (Wright, 1997). Las mujeres, independientemente de la clase social a la que pertenezcan, continúan realizando muchas más horas de trabajo doméstico que los hombres. Pero esto no significa abandonar el concepto de clase social para explicar la desigualdad y reemplazarlo por otros

(como el género o la raza) que han recibido mayor atención en las humanidades y las ciencias sociales de las últimas décadas. Por el contrario, Wright nos convida aquí a no eliminar a la clase social de nuestro acervo conceptual y, aún más, a considerarla muy seriamente.

En contraste con otros modelos que ven la posición socioeconómica como el resultado de una serie de atributos individuales como la educación o el género, la aproximación marxista propuesta por Wright se basa en atributos relacionales no sólo del individuo sino fundamentalmente de su empleo. Entre ellos, por supuesto está la relación con la propiedad de los medios de producción, pero lo interesante en Wright es que no se reduce a ello. Wright intenta resolver lo que él llama el problema de las “situaciones contradictorias de clase” o el problema de las clases medias, es decir, el problema empírico de dónde situar a un gerente que no posee los medios de producción pero que claramente no tiene la misma situación laboral del proletario de una fábrica en el que habían pensado Marx y Engels, o el problema de un microempresario que es dueño de los medios de producción pero que trabaja por su cuenta vendiendo ropa en su casa y que por lo tanto no está en la misma situación de el dueño de una gran empresa. Para ello incorpora dos dimensiones nuevas para clasificar a las personas—autoridad y educación— que abren ricas posibilidades para el estudio de las sociedades contemporáneas.

En tercer lugar, el rigor científico de Wright no le impide ahondar en el otro elemento central al marxismo: su crítica normativa a las relaciones de desigualdad. Wright nos recuerda que para el marxismo la desigualdad no es una condición natural ni necesaria. Y que, aunque el modelo de estructura de clases que propone puede resultar en descripciones similares a las propuestas por otras teorías (p.ej., las categorías de los estudiosos de clase weberianos, como John Goldthorpe), es la interpretación de éstas la que es fundamentalmente distinta. El marxismo interpreta la desigualdad de clase como explotación, no como una mera diferencia de oportunidades en la vida. Y la explotación, además de describir la apropiación de excedente de unos sobre otros, es juzgada por el marxismo como una situación injusta. Por esto, la teoría de clases marxista está normativamente comprometida con un “igualitarismo radical.” Siendo fiel a la no separación de valores y hechos, Wright sostiene que “el análisis de clase puede funcionar no simplemente

como una teoría científica de intereses y conflictos sino también como una teoría emancipatoria de alternativas y de justicia social” (Wright, 2005).

Finalmente, la combinación de dos de los rasgos señalados –la interpretación no totalizante del marxismo y la recuperación de su componente normativo– da lugar a un trazo que atraviesa todo el libro: el esfuerzo por pensar alternativas a las relaciones sociales desiguales propias del capitalismo sin sujetar el éxito del esfuerzo a un futuro incierto de ruptura radical con la sociedad capitalista. En otras palabras, se trata de pensar relaciones sociales más humanas y simétricas también dentro de la sociedad actual. La mirada sutil de Wright disecciona y diluye las dicotomías: no se trata de distinguir sociedades con explotación y sociedades sin explotación, o con clases o sin clases, sino más bien con más o menos explotación o con más o menos diferencias entre las clases. Mientras que el marxismo clásico sólo concebía variación de un modo de producción a otro, Wright nos introduce la variación dentro del capitalismo.

Para ello, comienza por sostener que los modos de producción se interpenetran, cosa que desde América Latina o el Sur global en general parece obvio dada la permanencia de modos de producción feudales en interacción (y superposición) con modos de producción del capitalismo global. Pero además nos dice que dentro del capitalismo el Estado y la política gozan de más autonomía de la que les da el marxismo clásico. Esto es algo que autores marxistas lejanos al marxismo analítico de Wright, como Louis Althusser, también habían planteado. Hay momentos en que los trabajadores pueden tener más poder al estar organizados. Hay estados que pueden paliar la comodificación del mercado a través de políticas como las de seguridad social. Así como el feudalismo puede interpenetrarse con el capitalismo, también puede hacerlo el socialismo. No es necesario agudizar las contradicciones ni llegar al extremo de la revolución proletaria. Esa no es la única teoría de cambio posible desde el marxismo.

Todo esto tiene que ver con el tipo de propuestas y utopías realizables y realizadas que Wright ha venido trabajando en su obra reciente, como el ingreso mínimo incondicional básico como un derecho ciudadano (Wright, 2010).

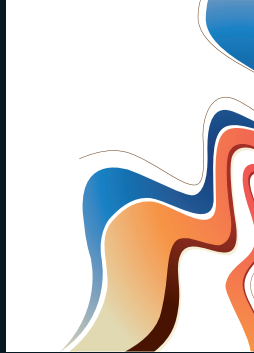
Los lectores y lectoras tienen pues en sus manos un ejemplar de rigor sociológico y una invitación abierta a pensar y cuestionar la desigualdad. Basta mirar alrededor, a la realidad latinoamericana, para darse cuenta de la importancia y la urgencia de esta tarea.

Referencias

- Cohen, G. A. 1978. *Karl Marx's theory of history: a defence*. Princeton: Princeton University Press.
- Davis, Kingsley and Wilbert E. Moore. 1945. "Some Principles of Stratification." *American Sociological Review* 10:242-249.
- De Ferranti, David M. 2004. *Inequality in Latin America breaking with history?* World Bank Latin American and Caribbean studies. Washington, DC: World Bank.
- Hoffman, Kelly and Miguel Angel Centeno. 2003. "The Lopsided Continent: Inequality in Latin America." *Annual review of sociology*. 29:363.
- Portes, A. and K. Hoffman. 2003. "Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era." *Latin American Research Review* 38:41-82.
- Roemer, John E. 1982. *A general theory of exploitation and class*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Wright, Erik Olin. 1997. *Class counts: comparative studies in class analysis*. Cambridge; New York; Paris: Cambridge University Press ; Maison des sciences de l'homme.
- Wright, Erik Olin. 2005. *Approaches to class analysis*. Cambridge, UK; New York: Cambridge University Press.
- Wright, Erik Olin. 2010. *Envisioning Real Utopias*: Verso (en prensa).

Este texto comienza con un ensayo autobiográfico que explora los retos y beneficios de lo que implica ser un académico marxista en nuestro tiempo. A este ensayo le sigue una discusión sobre varios temas del análisis de clase, con particular énfasis en dos temas: las clases y la desigualdad y la relación entre clase y poder. La segunda sección aborda el tema del socialismo como posible futuro del capitalismo. Wright procura clarificar el estatus conceptual del socialismo y discute las razones por las que ciertas reformas, tales como los subsidios básicos universales, en últimas no podrían

realizarse por completo sin la introducción de alguna forma de socialismo.



Preguntas a la desigualdad concluye con un examen del problema general del marxismo, en tanto que tradición radical de la teoría social. Allí se discuten tres temas en particular: los principios fundamentales del marxismo analítico como estrategia para reconstruir el marxismo como teoría social científica; la relación entre el marxismo y el feminismo como teorías sociales emancipadoras y las perspectivas del marxismo tras el colapso de los regímenes comunistas.

